



MAQUIAVELO
PARA EL SIGLO XXI

EL PRÍNCIPE EN LA ERA
DEL POPULISMO

FERRAN CABALLERO

PRÓLOGO DE GREGORIO LURI

Ariel

Índice

Portada

Dedicatoria

Prólogo de Gregorio Luri: Oyendo a los grillos cantar

I. De cuáles son las clases de gobiernos...

II. Acerca de los gobiernos heredados

III. Acerca de los gobiernos mixtos

IV. Por qué el pueblo de España...

V. De qué modo se deben gobernar...

VI. Acerca de los regímenes nuevos...

VII. Acerca de los gobiernos...

VIII. De aquellos que llegaron al gobierno...

IX. Del populismo

X. Cómo hay que medir las fuerzas...

XI. De la religión

XII. De cuántas son las clases de ejércitos...

XIII. De los ejércitos auxiliares...

XIV. Qué conviene hacer al gobernante...

XV. Acerca de las cosas por las que son alabados...

XVI. Acerca de la generosidad y de la parsimonia

XVII. Acerca de la crueldad y de la compasión...

XVIII. De qué manera deben los gobernantes...

XIX. De la forma de escapar del desprecio...

XX. Si las barreras comerciales y otras muchas cosas...

XXI. De lo que conviene al gobernante...

XXII. De los secretarios de los presidentes

XXIII. De qué forma hay que huir de los aduladores

XXIV. Por qué los presidentes pierden el gobierno

XXV. De lo que puede la fortuna en las cosas...

XXVI. Exhortación a acometer la defensa de Europa...

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

DEDICATORIA

Ferran Caballero presenta sus respetos al Presidente Mariano Rajoy.

Quienes desean conseguir la gracia de un gobernante suelen hacerlo, la mayoría de las veces, con aquellas cosas que entre ellos son más apreciadas o con las que ven que más le gustan; por lo que muchas veces vemos que se le regalan perritos, trajes, series y películas, puestos en consejos de administración y otros ornamentos semejantes dignos de su grandeza.

Deseando yo, pues, presentarme ante Vuestra Excelencia con algún testimonio de mi devoción, no he encontrado entre mis posesiones cosa más querida o que aprecie tanto como mis reflexiones sobre los hechos de los grandes hombres, motivadas por la mirada esporádica sobre las cosas de actualidad y la lectura continuada de las antiguas. Cosas que yo he meditado y examinado durante tiempo con cierta dedicación, y que ahora he comprimido en un pequeño librito que remito a Vuestra Excelencia. Y aunque estimo que esta obra es indigna de presentarse ante vos, no obstante también confío en que debéis aceptarla, habida cuenta de vuestra benignidad, considerando que no os puedo hacer mayor regalo que ofrecer os la posibilidad de pasar un buen rato leyendo lo que yo he aprendido a lo largo de los años y que con tantas incomodidades y penurias he acabado por poner sobre el papel. No he adornado ni amplificado la obra del magnífico Maquiavelo con frases amplias o con voces ampulosas o grandilocuentes, ni con ningún otro aditamento u ornamento extrínseco, con los que

muchos suelen escribir y embellecer sus cosas, porque es mi deseo o que nada la adorne o que solo la variedad de los asuntos y ejemplos tratados y la gravedad de la materia la hagan interesante. No quiero que se tome por presunción que un humilde profesor de filosofía se atreva a discutir y a proponer normas de gobierno para los políticos, porque al igual que para apreciar la belleza del fútbol hay que verlo desde la grada y para apreciar la inmensidad del Estadio hay que estar en el terreno de juego, del mismo modo hace falta ser gobernante para conocer bien la naturaleza del pueblo y formar parte del pueblo para conocer bien la del gobernante.

Acepte, pues, Vuestra Excelencia este pequeño regalo con la intención con que yo os lo envío. Si lo leéis y reflexionáis sobre él con diligencia, reconoceréis en él mi grandísimo deseo de que alcancéis la grandeza que vuestra fortuna y vuestras otras condiciones auguran. Y si desde el culmen de vuestra grandeza dirigís alguna vez vuestros ojos hacia estas partes humildes, sabréis sin duda valorar con la magnanimidad que os caracteriza los extraordinarios esfuerzos que alguien como yo tiene que hacer para ganarse una vida que preferiría dedicar al reposo y la lectura.

OYENDO A LOS GRILLOS CANTAR

INTRODUCCIÓN

El viernes 20 de enero caía una persistente aguanieve sobre Les Planes, en la barcelonesa sierra de Collserola. Desde nuestro refugio contemplábamos los grandes pinos doblarse, agitados por el viento, y la noche cayendo pesada sobre el valle de Vallvidrera. Parecía el escenario adecuado para acompañar lo que se estaba transmitiendo en directo por la televisión: la toma de posesión de Donald Trump como 45.º presidente de los Estados Unidos. En el Círculo Filosófico de Les Planes decidimos rendirnos por una vez a la actualidad y postergar nuestra lectura del curso de Leo Strauss sobre la *Política* de Aristóteles hasta que nuestro anfitrión nos sacara el té y los scones, a cuyo calor nos congregamos como los antiguos viajeros junto al fuego de una posada. Cuando el nuevo presidente norteamericano retiró su mano de la Biblia que sostenía la que acababa de convertir en «*first lady*» y al mismo tiempo que millones de telespectadores europeos constataban, con frustración, que la estatua de la libertad no había descendido de su pedestal para hacerse el haraquiri frente a Trump, Ferran Caballero nos comunicó que había terminado este libro. Un libro en el que, inevitablemente, también se habla de Trump.

Es un hecho que para hablar de política no se puede prescindir de Maquiavelo. Hay que resaltar esto, porque a nadie parece preocuparle si Trump es un político aristotélico o popperiano, pero resulta de lo más natural preguntarse si es o no maquiavélico. ¿Cómo es que no nos sorpren-

demos por recurrir al vocabulario de un pensador de hace quinientos años para explicarnos las singularidades del presente?

Detengámonos un poco en esta cuestión.

A decir verdad, la sospecha de «maquiavelismo» ha estado mucho más asociada a Hillary Clinton que a Donald Trump.¹ Así, por ejemplo, en el año 2006, Ron Rosenbaum,² columnista del *New York Observer* y autor, entre otros, de un libro de claras resonancias maquiavelianas,³ *The Secrets Parts of Fortune*,⁴ lanzando al viento un rotundo «Let's make Hillary President», se propuso escampar las brumas de maquiavelismo que la envolvían con un curioso argumento: «La gente dice que es maquiavélica, pero ¿acaso un superpoder no necesita un líder efectivamente maquiavélico?». Para gobernar en un mundo tan peligroso como el nuestro, «América necesita un presidente maquiavélico, no uno ingenuo». ⁵ Pero al decir esto, Rosenbaum no estaba pensando en el correoso *Príncipe* de Maquiavelo, sino en su versión más políticamente correcta, la *Princesa* de Harriet Rubin.⁶

Alissa Ardito, profesora de ciencia política en Yale y autora de un interesante libro sobre Maquiavelo,⁷ se ocupó de evaluar a los candidatos republicanos según su interpretación de *El Príncipe*, llegando a la conclusión de que, aparentemente, había dos maquiavélicos, Ted Cruz y Donald Trump, pero que ninguno mostraba suficiente inteligencia para merecer este título.⁸ Aunque Trump asegura en uno de sus libros⁹ que ha leído *El arte de la guerra* de Sun Tzu y *El Príncipe*, pocos parecían dispuestos a tomarlo en serio,¹⁰ y los que sí lo hacían tenían una curiosa imagen de Maquiavelo. Es el caso de Alfred G. Cuzán, profesor de la Universidad de West Florida,¹¹ que aunque dudaba de que la *virtù* fuera una característica especialmente descolante en Trump, no le negaba audacia para enfrentarse a la Fortuna e incluso encontraba en el lema «*make America great*

again» un eco del último capítulo de *El Príncipe*, donde Maquiavelo confiesa que su objetivo último es educar a un gran gobernante que sea capaz de expulsar de Italia a los bárbaros. Cuzán concluye señalando que si Trump ganase las elecciones se vería entonces si tiene o no tiene temple maquiavélico, porque no podría eludir hacer frente a las circunstancias cambiantes de la política. Digo que Cuzán no tiene muy claro qué es un político maquiavélico, porque no duda en otorgarle este título a Fidel Castro,¹² cuando nada parece más alejado del republicanismo del florentino que un dictador comunista.

A finales de septiembre de 2016, Chris Kutarna, profesor de ciencia política en Oxford, donde colabora con Ian Goldin,¹³ veía a Trump como un Savonarola (un «*friar and political outsider*» con aires de profeta apocalíptico que sermonea a la multitud), mientras que en Hillary Clinton encontraba a un Maquiavelo (un político cínico curtido en la cancillería). Precisamente por su parecido con Savonarola, Kutarna consideraba altamente improbable que Trump ganara la carrera presidencial. «El legado de Trump será el de un azuzador de las tensiones de su tiempo. El de Clinton, el de una vida tratando de hacer América más fuerte.»¹⁴

Por último recogeré un artículo de Uri Dromi en el que sostiene que en *El Príncipe* el gobernante se enfrenta a dos amenazas, una externa y otra interna. La externa se podría frenar con poder militar, pero la interna requiere sutileza para evitar aquellas cosas que le pueden hacer odiado o despreciado. «Obviamente —asegura Dromi— en la Italia del siglo XVI no faltaban los Donald Trump que le servían de modelo a Maquiavelo.»¹⁵

No haré bromas fáciles sobre lo que la ciencia política cree poder dar de sí, pero me pregunto qué es lo que incapacita a la izquierda para aceptar que pueda haber personas de buena fe y bien informadas que se sienten legítimamente perjudicadas por las políticas socialdemócratas.

Maquiavelo, pues, sigue prestándonos una ayuda inestimable para pensarnos políticamente, lo cual sugiere que hay algo en la política que va más allá del presente o que quizás los instrumentos conceptuales elaborados por el presente no son suficientes para que este se piense bien a sí mismo.

Tras las elecciones, Maquiavelo ha seguido proporcionando inspiración a los articulistas, pero la mayoría de los que escribieron sobre Trump prefirieron acudir a Orwell para explicar sus primeros gestos como gobernante. Parece que *1984* está siendo un superventas en los Estados Unidos mientras escribo esto (finales de enero de 2017).

Ferran Caballero no es, pues, original —ni lo pretende— acudiendo a Maquiavelo para explicar la espuma de los días presentes, pero sí es inteligente, lee bien al florentino, escribe de maravilla y sabe construir analogías con más perspicacia que todos estos señores, a los que acabamos de referirnos, juntos.

Antes de continuar, apliquémonos dos dosis de prudencia maquiaveliana en relación a Trump, porque la virtud de un gobernante no la deciden los columnistas, sino su fortuna y con frecuencia, aunque lo acusen los hechos, lo excusan los resultados. Así que, esperar y ver.

LES PLANES. APRENDER LEYENDO

Volvamos a Les Planes. Tengo el honor de compartir tertulia filosófica con cuatro amigos, uno de los cuales es Ferran Caballero. En realidad, más que una tertulia es un ejercicio de lectura lenta. Vamos siguiendo de manera parsimoniosa y caligráfica los cursos orales que Leo Strauss impartió en la Universidad de Chicago. Hay días que vamos tan rápido que leemos hasta cinco o seis páginas, pero esto ocurre pocas veces, porque nuestro objetivo no es saber si el mayordomo fue o no el asesino, sino descubrir en la filosofía la

huella misma de un crimen. Para ello, como aconsejaba Leonardo Bruni, es útil leer en voz alta, para captar bien ciertos ritmos y sonidos, así como ciertas inflexiones y gradaciones de la voz. «Leyendo en voz alta —continúa Bruni—, llenamos los oídos con una cierta armonía y aprendemos a hablar a su debido tiempo, sin apresurarnos cuando se necesita ir despacio y sin ir despacio cuando se requiere ir deprisa.»

Yo me siento en un mullido sofá en el que me hundo cómodamente, frente a los scones y el té. Ferran, más ascético, utiliza una silla, a mi izquierda, por lo que cuando hace algún comentario tengo que mirar para arriba, que es de donde llega la luz.

Nuestro anfitrión, Claudio, al otro lado de los scones, nos lee despacio porque nos creemos aquel lema del «*lesendes Lernen*» (aprender leyendo) de Rosenzweig, que se sustenta en la convicción de que los filósofos grandes, como Maquiavelo, son capaces de mirar cara a cara a la naturaleza, mientras que los que solo llegamos a profesores de filosofía, tenemos que buscar la naturaleza en los escritos de los grandes.

Aprender a leer es un arte que ocupa una vida larga, porque ocupa una vida larga educar la mirada para que vaya del texto a la naturaleza de las cosas humanas y, cargada de experiencia, regrese, de nuevo, al texto. Por eso este libro es, también, un manual de aprendizaje de ambas lecturas.

En nuestro círculo filosófico, Maquiavelo ha ocupado siempre un lugar preeminente, hasta el punto de que, imitándolo, acudimos a nuestras citas no diré que con nuestras mejores galas, pero sí dignamente vestidos.

Me explico.

El 10 de diciembre de 1513, Maquiavelo le escribe desde su exilio forzado en San Casciano a su amigo Francesco Vettori relatándole los pormenores de su vida en el campo, lejos de su amada Florencia. Le cuenta que se le-

vanta con el sol, caza pajarillos, supervisa la tala de un bosque de su propiedad y habla con los viajeros que se detienen a descansar en la taberna, porque disfruta observando «los varios gustos y lugares de los hombres». Es especialmente meticuloso al relatar sus actividades vespertinas. Después de comer con su familia lo «que puede dar esta pobre tierra y mi parco patrimonio», vuelve a la taberna y, junto con el tabernero, el carnicero, un molinero y dos panaderos, «me apasiono jugando a las cartas o a los dados. Discutimos por cuatro céntimos, nos insultamos de la manera más obscena, hacemos trampas... A veces se oyen nuestras broncas desde San Casciano. De esta manera intento mantener despierto el cerebro y me defiendo de la malicia de la Fortuna, contento de que me haya hecho caer tan bajo y mirándola con curiosidad por si se abochorna».

«Al caer la noche, vuelvo a casa y entro en mi estudio, en cuyo umbral me despojo de la ropa de labor, sucia y llena de barro, para vestirme ropas regias y curiales; y así ataviado decentemente, entro en las antiguas cortes de los hombres de antaño, donde soy amorosamente recibido y me nutro de aquel alimento que es únicamente mío, y para el cual nací. No me avergüenzo de hablar con ellos y de preguntarles sobre los móviles de sus acciones, y ellos, con toda humanidad, me responden. Y durante cuatro horas no siento ninguna molestia; olvido todas mis inquietudes, no temo la pobreza ni me espanta la muerte: a tal punto me siento transportado a su lado por completo. Y guiándome por lo que dice Dante, sobre que no puede haber ciencia si no retenemos lo que aprendemos, pongo por escrito lo esencial de lo que he aprendido con nuestras conversaciones, y he compuesto un opúsculo *De Principatibus* [*El Príncipe*], en el que profundizo hasta donde puedo los problemas que hemos tratado: qué es la soberanía, cuántas especies hay, y cómo se adquiere, se conserva y se pierde.»

A una lectura seria hay que acudir bien vestido y aseado, porque el asunto es grave.

Ferrán Caballero, que es un lector muy atento, se ha introducido en el estudio de Maquiavelo y se ha sentado a sus pies, tomando buena nota de lo que allí ocurre, pero con un ojo puesto en el presente, y, siguiendo el consejo de Dante, nos lo cuenta con elegancia y discreción (discreción gracianesca, matizo), de manera que hará pasar un buen rato a los que leen rápidamente y obligará a tropezarse en su lectura más de una vez a los que leen despacio.

En realidad, el libro va dedicado al presidente del gobierno. Por lo tanto, usted y yo, no somos más que fisgones de una correspondencia en voz alta que debiera ser correspondida, aunque no fuera más que para agradecer estas palabras: «Acepte, pues, Vuestra Excelencia este pequeño regalo con la intención con que yo os lo envío. Si lo leéis y reflexionáis sobre él con diligencia, reconoceréis en él mi grandísimo deseo de que alcancéis la grandeza que vuestra fortuna y vuestras otras condiciones auguran».

Si yo fuera Ferran Caballero, le enviaría a Rajoy un ejemplar envuelto en el *Marca*, como si fuera el bocadillo de un obrero, porque este es un libro serio, pero añadido que, aunque hace lo que tiene que hacer al dedicarle este libro a quien manda, conviene recordar que Maquiavelo le dedicó *El Príncipe* a Giuliano de Medici, pero que al morir este, borró inmediatamente su nombre de la dedicatoria y lo reemplazó por el de Lorenzo de Médici, que estaba muy vivo y acumulando poder. Tome nota, pues, Rajoy, de que el poder político solo es poder en acto.

UNA INVITACIÓN AL VIAJE

Si, como decía Barrès, el nacionalismo es «*une invitation au voyage dans la mémoire d'une nation*», la filosofía es una invitación al viaje en la memoria de los muertos célebres que forman la república del espíritu. Quien se atreva a hacer este viaje no tardará en descubrir que esos muertos que

damos por definitivamente sepultados, están todavía vivos y, como vemos en nuestro caso, tienen cosas realmente importantes que decirnos sobre el presente. Tan importantes, que pudiera ser que nos comprendan, a nosotros, orgullosos habitantes del siglo XXI, mejor de lo que nosotros nos comprendemos a nosotros mismos. Si esto es así, pudiera ser también que para comprender la historia haya que observar su transcurso desde el pasado, de manera opuesta a como la miramos habitualmente, desde un presente convertido en tribunal inapelable de lo históricamente relevante. En cualquier caso, es una señal de respeto hacia un gran hombre del pasado no tener con él una actitud despectivamente historicista.

Liah Greenfeld nos ha transmitido de manera muy plástica un sueño que tuvo su maestro, Edward Shils, que refleja bien la conciencia que tenía este de formar parte de una comunidad intelectual con las grandes mentes del pasado. «Merodeaba por los pasillos de un viejo castillo alemán. En un rincón, junto a la estrecha ventana, advirtió a un hombre sentado y escribiendo en un escritorio del tipo que uno se imaginaría escribiendo a Fausto; aquel hombre, advirtió Shils, era Max Weber. El profesor Shils, que en aquel momento debía tener setenta y cinco años y era corpulento, hasta recordete... anduvo de puntillas hasta el escritorio del gran hombre y se quedó allí, aguantándose la respiración, dudando de si debía hablar. Pasaron unos momentos. Luego Weber levantó la mirada, miró largamente a Shils y le dijo: "Apruebo lo que estás haciendo"». ¹⁶

No hay por qué dudar de la palabra de Greenfeld, pero este sueño presenta una singular analogía con una miniatura medieval de Mateo de París ¹⁷ que dejó perplejo a Derrida cuando la descubrió en el transcurso de una visita que hizo a Oxford el 4 de junio de 1977. ¹⁸ Muestra a Só-

crates escribiendo y a Platón, a sus espaldas, susurrándole lo que tiene que escribir mientras con un dedo alzado resalta que está supervisando todo meticulosamente.

Maquiavelo también tuvo un sueño. Poco antes de morir, el 21 de junio de 1527, reveló a sus amigos íntimos que había soñado que una gran cantidad de hombres, vestidos pobremente y con aspecto de haber sufrido mucho, se encaminaba al cielo. Vio también a otro grupo de aspecto noble y de gestos educados, que se encaminaba con gravedad hacia el infierno mientras sus miembros debatían importantes problemas políticos. Reconoció a Platón, a Plutarco y a Tácito, y no dudó de que prefería encaminarse en su compañía al infierno antes que ir al cielo a morir de aburrimiento. Sus amigos entendieron que se estaba apropiando de otro sueño, del que Cicerón le hizo soñar a Escipión teniendo presente, a su vez, el famoso sueño de Er con el que Platón cierra su *República*.

Pero allá donde Cicerón describe las recompensas que esperan en la otra vida al político virtuoso, Maquiavelo nos cuenta la grata condena del sabio que pasa la eternidad participando en el gran diálogo. Una eternidad así es lo que quería también Sócrates.

Este libro es un diálogo con uno de los grandes hombres de nuestra historia, un miembro eminente de la República del Espíritu. Ferran Caballero, después de haber pasado un tiempo a sus pies, se ha ganado su confianza, se ha puesto de pie a sus espaldas y le ha dicho: «¡Maestro, escribe!». Y Maquiavelo, al concluir el libro, le ha contestado: «Apruebo lo que estás haciendo. Pero quiero que sepas que has tomado el camino del infierno y que en el infierno hay que presentarse siempre bien vestido».

¿CÓMO HAY QUE LEER A MAQUIAVELO?